

## JAVIER CRESPAN, EL COMPAÑERO QUE SIEMPRE ESTABA AHÍ.

"Me pongo la palabra en plena boca  
y digo: Compañeros. Es hermoso  
oír las sílabas que os nombran,  
hoy que estoy (dilo en voz muy baja) solo.

...Es hermoso oír la ronda  
de las letras, en torno  
a la palabra abrazadora: C-o-m-p-a-  
ñ - e - r - o - s. Es como un sol sonoro"  
(Blas de Otero, Pido la paz y la palabra. Aceñas)

He elegido de apertura este poema, querido Javier, por dos cosas. En primer lugar porque, a propósito del mismo, me contaste que un amigo aprendió a comprender, incluso distinguir, su verdadero y profundo significado, cuando estaba preso.

En segundo lugar porqué, cuando tu hija Flavia me encargó escribir esto –algo que bien lo sabes, no me habría gustado tener que hacer nunca- decidí socializarlo con todos los integrantes de la, hasta ahora cuasi-clandestina y desconocida, aunque sospechada por casi todos, Fracción “Zaragoza”, de la UPIT. Esa que no se llegó a reunir nunca y mucho menos en la ciudad –punto intermedio- que le daba nombre. Esa que cabía en un coche, todos los que íbamos en el mío desde Valladolid a despedirte en Barcelona y en la que, esta vez y por primera vez, sólo faltabas tú. Esa de la que ahora utilizo sus abrazadoras letras, para como nos enseñó este poeta, en paz y en castellano, pedir la paz y la palabra, para despedirte, todos juntos, con un intenso, emocionado y desgarrado

*HASTA SIEMPRE C-O-M-.P-A-Ñ-E-R-O CRESPAN*

Siguiendo tus enseñanzas, aprovechamos los más de 700 Km. de viaje para provocar una tormenta de ideas con que elegir las palabras con que mejor recordarte aquí, por que no tengas ninguna duda, con y sin palabras, con el corazón te recordaremos siempre.

De todas ellas, la que más nos gustó y que me obliga a titular así estas notas de despedida (aportada por nuestro común amigo y compañero Pedrito, al que, al final y por miserias de la enfermedad, nunca fuiste a ver a Cuba). Pero es que esa es la mayor verdad que se puede decir proclamar de ti. Has sido ese primer amigo que, en lo personal, siempre ha estado ahí, para escuchar tus penas, para poner el hombro en que llorar o lamentarse, para dar sabios consejos (en tu despedida fueron varios los que me reconocieron lo mismo, la primera nuestra común amiga y compañera Silvia). Has sido ese primer compañero y camarada que, en lo colectivo, siempre estaba ahí,

con la primera idea y reflexión con la que poder tirar para adelante en los momentos difíciles. Esto último lo ha recordado mejor que nadie, nuestro común amigo y compañero Beni, cuando afirma que eras: “la expresión perfecta de aquel ideal gramsciano de lo eficaz que resultaba la combinación del optimismo de voluntad con el pesimismo de la inteligencia”. Todos nosotros, mientras tanto, seguiremos leyendo el “MIENTRAS TANTO”, de tu buen amigo Manuel Sacristán, para tratar de encontrar la luz al final del túnel.

Evidentemente, todos nos acordábamos, también, de tus intempestivas llamadas a las 7 de la mañana. He leído por ahí, que a otros hacías estas llamadas a las 8, eso debe ser para los que no estaban apuntados al programa madrugadores. A todos nosotros las llamadas eran una hora antes. Y, como siempre, para encargarte leer o escribir algo (esto último, sobre todo, a nuestro común amigo y compañero Rafa), para hacer alguna gestión concreta. Encargos que siempre eran claros, precisos y concisos, entre otras cosas y como aprendí cuando nos tocó compartir habitación en hoteles, en casas de amigos, en tu casa de Barcelona o en mi casa de Valdivielso, por qué había que hacer otras muchas más llamadas. Entre otras, las que siempre hacías para despertar a tus hijos. No sabes compañero Crespán, cuanto voy a echar de menos esas llamadas y no sólo por qué nadie más que llamé a esas horas, lo va a hacer para dar buenas noticias.

Pero claro, hablando de tus hijos, se me vinieron las lágrimas (ya sabes que siempre he sido muy llorón) recordándote hace aproximadamente quince años y en el mismo lugar al que íbamos, improvisando un discurso de despedida a tu hijo Aldo. Discurso que tengo grabado a fuego en mi memoria cuando, con una entereza que ya quisiera para mí, comenzaste diciendo: “Bueno, como esto no me ha pasado nunca, no se muy bien que decir...”. Por el contrario si que habías aprendido, y de que manera, a sufrir. Es cierto que, de este tema, hemos hablado muy poco, porque nunca tocaba, porque nunca querías hablar de ello, apenas un “es lo más doloroso que te puede pasar en vida” y poco más. Pero si no lo hablabas, todos nos dimos cuenta de cómo lo sufriste. Hasta el punto que ninguno de nosotros tenemos duda alguna de que, en lo vital, ese desgarró marcó un antes y un después en tu vida. Si hasta entonces habíamos conocido un Javier jovial, el primero en el trabajo, pero también el primero a la hora de divertirse (todo el mundo recuerda tus magníficos bailes, con bufanda o pañuelo blanco al cuello, en la Paloma y en otras cuantas discotecas, sobre todo las de Jaca, que siempre cerrábamos tu y yo, y nadie entendía como podíamos ser también los primeros en el aula) en esto último después ya nada fue igual. Te escaqueabas al primer resquicio y acabado el trabajo, sólo tu proverbial hospitalidad cuando nos recibías en Barcelona, consiguió que nos acompañaras en alguna cena, aunque nunca más a la Paloma, ni a ningún lugar parecido. Y claro, todo se agravó después con tu enfermedad y sus secuelas, aunque me recordaba tu compañera Isabel que llevaste mucho peor la diálisis que la previa amputación de la pierna. Carla, Flavia, Isabel, Bruna, y demás familia, compartimos vuestro dolor pues, de otro modo, nosotros también nos hemos quedado huérfanos de uno de los mejores amigos y compañeros que hemos tenido nunca.

Pero toca ya halar de lo que nos unió, desde el verano de 1986 cuando, tras aprobar y apneas haber ejercido unos meses el oficio en Vizcaya, no era entonces más que un pobre soldado que sólo quería acabar cuanto antes la mili (creo que conocerte es la único bueno que me trajo esta) y en uno de los viajes a Barcelona (para tratar de librarme de la mili) en una cafetería de Vía Layetana donde nos presentó Lali. Claro nos unió primero la profesión compartida, más en concreto, una visión también compartida de la única misión social posible para la misma. La misma que cumple, aunque habría que decir mejor cumplía, el derecho que aplicamos, la de proteger a la parte más débil de la relación laboral. Esa esencial misión, de la que siempre nos recuerda nuestro común amigo y compañero Adrián, es la que nos da fuerza para levantarnos todas las mañanas, incluso en los tiempos que corren. Tanta que, basta con que nos encontremos un obrero al que hayamos ayudado, incluso recurriendo para ello al uso alternativo del derecho (que tampoco gusta por ahí y no tan lejos) para entender que este oficio sigue mereciendo la pena y más cuando nos dicen aquello que han tenido suerte de toparse con nosotros.

Una vez comprobaste que compartía esa misma visión del oficio, me comenzaste a hablar de la necesidad de montar la UPIT, sin duda y pese a los malos tiempos políticos y económicos que corren, la mejor herencia que nos dejaste. En ella y a través de ella han sido casi 30 años compartidos y no sólo en lo profesional, pues pese a tu jubilación, a través de algunos compañeros, yo incluido, has seguido muy activo. Tanto y esto no lo sabe casi nadie, aunque lo sospechen, que tu me obligaste a volver a la presidencia de la UPIT, cuando todo apuntaba a su pronta desaparición. Una vez más, como también sospechabas (el pesimismo de la inteligencia) no supe cumplir bien el encargo y pese a los esfuerzos (sólo por el optimismo de la voluntad) no pudimos impedir la pulverización territorial del sistema de Inspección, donde sin duda será más fácil, máxime en los tiempos de capitalismo de casino que corren, la desnaturalización de esa misión social esencial inspectora. Esa temida, por mi escasa inteligencia pesimista, reconversión en una policía laboral contra pobres, donde sólo interesa ya el fraude de la miseria. Pues resulta que no quedan ya empresarios (los han reconvertido en emprendedores), ni fraudes en materia laboral (corren tiempos en que pesa mucho más lo económico que lo jurídico y los obreros ante la tesitura de mantener el empleo o reclamar sus derechos optan, evidentemente, por lo primero y en esto poco podemos hacer o decir, como bien sabes). Con lo que reconvertidos todos a las celebres operaciones chirlas de entonces, actuales BBC (Bodas, Bautizos y Comuniones) sin ninguna rentabilidad social, aunque con enorme rentabilidad estadística. Ah! se me olvidaba, ante la tesitura anterior, algunos nos hemos enrocado en exclusiva en la prevención de riesgos laborales, aunque sólo sea por qué, mientras siga existiendo alarma social por los accidentes y enfermedades profesionales, no sustituirán, como ha sucedido ya en seguridad industrial, el control público por el control privado de los servicios de prevención y similares. Espero que, para cuando esto llegue, esté jubilado.

Pero, mientras tanto, SIEMPRE MIENTRAS TANTO, aquí seguimos esperando a que cambien las cosas. Me mantengo en aquella vieja máxima de que cuanto peor vayan las cosas, mejor. Pues seremos más conscientes de ello, seremos más y estaremos más unidos, para poder cambiarlas (voluntarismo optimista de mi escasa inteligencia).

En cualquier caso, pese al desanimo de casi todos nosotros, pese a que algunos han cambiado incluso de oficio (aunque Rafa sea más de los nuestros que nadie, como bien sabes), aquí estamos y aquí seguiremos. Incluso, pese a que la mayoría sólo pensamos ya en la jubilación y aunque parece que no va a hacer falta, como harías tú, nos mantendremos expectantes. Digo que no va a hacer falta por qué, supongo que en funciones de portavoz de la oficialidad actual, nuestra amiga y compañera Montse también te recordaba diciendo que: “UPIT tiene una deuda contigo, y por eso, vamos a seguir con ella, para adelante”. Pese a ello, estaremos ojo avizor y por si hiciera falta, algunos amenazamos con volver a la vida sindical activa, en el primer momento que comprobemos que UPIT se aparta de aquella línea fundacional.

Pero toca ya despedirse, aunque tenemos muchos temas pendientes que tratar, de política en general, de política social en particular, de la ruptura, pulverización y desnaturalización de la función inspectora y de su misión social fundacional. Pero nos queda mucho tiempo, hermano, para hablar de ello. Aprovecharé esta página de la UPIT, incluso la página corporativa si me dejan, para trasladar a todos esas conversaciones grabadas que te pienso dejar periódicamente en tu teléfono, por supuesto a las siete de la mañana. Más que nada y por si estas muy ocupado en otras cosas, por ponerte al corriente.

Por otro lado, nuestra común amiga y compañera Henar se ha comprometido conmigo a repetir aquella vieja excursión que hicimos contigo a la tumba de Don Antonio Machado y llevarle flores, en tu nombre y en el nuestro. Camino de Colliure, pararemos en Port de la Selva, donde recordaremos tus andanzas de Inspector y Delegado de Emigración en Gerona (seguimos sin saber si tenías uniforme o no). Pero, sobre todo y en lo más alto del castillo de San Pere de Rodas, recitaremos de memoria aquel poema autobiográfico de este último poeta que, como tu, era en el buen sentido de la palabra, bueno. Y antes de tirar unas flores al Mar te recordaremos cantando con Serrat que tú también naciste y te has querido quedar en el Mediterráneo. Aunque por la vía materna del Echegoyen, llevabas la siempre hospitalaria sangre del Ebro Medio navarro, si no recuerdo mal de las Barcenas Reales. Por eso, te volveré a cantar esa jota-protesta, de mi amigo Gelo, que tanto te gustaba (desde luego, no por mi voz) sobre como lloramos los del Ebro Joven, por qué os lleváis nuestro agua para regar vuestras tierras.

Por último decirte que, mis hijas Laura y María que tanto te recuerdan desde aquella otra excursión con Gonzalo a Port de la Selva y San Pere de Rodas (y por que después te volvimos a encontrar, de casualidad, en Barcelona), han decido conmigo plantar en nuestra finca de Socastillo en Valdivielso, un cerezo con tu nombre. Lo que haremos, y estáis invitados todos a ello, el próximo Febrero, por las Candelas y San Blas. Todos podréis comprobar que dará las mejores cerezas, cuando, en tiempo de cerezas, concurráis, como hicieron muchas veces Crespán e Isabel, a mi convocatoria de “La cereza para el que se la trabaja”. Ello así, por qué que cada uno se llevará tantas cerezas como coja. Bueno los ariscos, podéis seguir comprando las cerezas ya cogidas por mis paisanos como muchos habéis venido haciendo...

La despedida, como no podía ser de otro modo como empezaba, con un nuevo poema del mejor poeta social de los cincuenta del siglo pasado,

Si me muero, que sepan que he vivido  
luchando por la vida y por la paz.  
Apenas he podido con la pluma,  
apláudanme el cantar.

Si me muero, será porque he nacido  
para pasar el tiempo a los de atrás.  
Confío que entre todos dejaremos  
al hombre en su lugar.

Si me muero, ya sé que no veré  
naranjas de la china ni el trigal.  
He levantado el rastro, esto me basta.  
Otros ahecharán.

Si me muero, que no me mueran antes  
de abriros el balcón de par en par.  
Un niño, acaso un niño está mirándome  
el pecho de cristal

Blas de Otero: Campo de Amor (de Canción)